



## Los Felicitadores (iii)

---

GIL, Pío

---

No se ha extinguido todavía el ruido de las fiestas de la Restauración. Todavía llena los aires el rumor de aquella orgía militar y burocrática. Fue el periodo agudo del envilecimiento y del miedo. Los cortesanos todos para atraerse la benevolencia de Castro, se esforzaban en vencerse en el abajamiento, con una emulación rabiosa, hasta que el descenso pudo llegar al último límite; los gusanos, desesperados de bajeza, golpearon despechados el fondo infranqueable de la charca; las bocas adulonadas comprendieron con dolor que no podían prostituirse más: habían besado ya los pies del Restaurador!.

Éste, por tercera vez desde que empezó su dictadura, amenazó a la Nación con retirarse a la vida privada. Un alarido de angustia llenó todos los ámbitos de las oficinas públicas. Ay! de aquél que en aquellos momentos no uniera al vergonzoso himno, su nota de dolor!.

Los Estados de la Federación Venezolana nombraron delegados que suplicaran al Invicto que no se separara del poder. Conseguido esto de la abnegación del Invicto, que lo llevó a sacrificarse siempre en aras de la patria, los Estados de la Federación Venezolana un poco más calmado, nombraron delegados para que le dieran las gracias. Las Altas Cortes de Justicia y los Consejos Municipales, dictaron acuerdos para felicitarse unos a otros, por esa resolución de admirable desinterés del Caudillo. Se reencarga éste del poder, y las felicitaciones recíprocas, cruzan el territorio de la patria en todas las direcciones. Da Castro su manifiesto, y llueven las felicitaciones por el levantado manifiesto. Nombra Ministerio, y

diluvian las felicitaciones por el acertado nombramiento. Dan los Ministros su programa de gobierno, y el enternecimiento de los aduladores se desborda por el patriótico programa que resucitará a Venezuela, porque Venezuela es un enfermo que aunque salvado por Guzmán, fue después sanado por Crespo, pero a pesar de estos dos admirables recobros de salud, fue curado por Castro, y no obstante la salvadora restauración está tan grave, que necesita hoy ser salvado por Gómez<sup>1</sup>.

La vileza de los cortesanos crea la medalla de la Aclamación, y los procónsules de las provincias, nombran delegados para que se la ofrezcan a Castro y le rueguen encarecidamente que la acepte. La acepta, y el contento de los aduladores es indescriptible. El Genio Máximo, por aplaudir él también algo por su cuenta, ya que a él lo festejan todos, celebra el centenario de la bandera nacional, y lo felicitan por ese acto de justicia histórica. Se enferma, y el telégrafo no hace sino traerle las manifestaciones del profundo pesar que embarga a los áulicos por su enfermedad, no producida por la crápula, como decían algunos calumniadores, sino por su exceso de trabajo en bien de la patria. Mejora un poco de sus bubones sifilíticos, y de ciudades, villas y aldeas viene la noticia de que se dicen

1 Los cortesanos de Crespo dijeron que el Legalismo había implantado la verdadera República; luego *la Venezuela próspera en el interior y respetada en el exterior* de la Regeneración fué una mentira. Los cortesanos de Castro dijeron que la Restauración había establecido la República, tal como la soñó Bolívar; luego la República del Legalismo, fué una farsa como la de la Regeneración. Los aduladores de Gómez dicen hoy que la Rehabilitación está poniendo a flote la República; luego fueron una mentira los bienes que la Restauración le trajo a Venezuela. El enfermo llamado Venezuela ha tenido que pagar más de doscientos millones por honorarios *personales*, a los curanderos charlatanes llamados el Ilustre Americano, el Gran Tribuno, el Héroe del deber y el Restaurador. Los practicantes y enfermos que se llaman Congresos, Unificaciones y periodismo oficioso, se han llevado otras millonadas, las millonadas que han desaparecido con el Disconto, con las Aguas de Caracas, con las unificaciones de la deuda, y con las rectificaciones del presupuesto. A la cabeza del enfermo está hoy Gómez, cuyas buenas intenciones pone por las nubes El Eco Venezolano. Veremos en el estado que dejará a Venezuela el nuevo facultativo. No hay derecho de hacerse ilusiones de su talento, desde que, ante las burdas alabanzas de Samuel Niño, no se ocurra hacerse la reflexión que ante alabanzas del cerdo, se hizo la zorra de la fábula:

“Muy mal debo de bailar”.

misas cantadas y se decretan toros coleados en celebración del fausto acontecimiento. Llega el 12 de Octubre, onomástico del Caudillo, y Mariano García primero, después los otros Presidentes de Estado, por no quedarse regazados en el celo partidario de García, participan que han ordenado la celebración de la gloriosa fecha en todos los distritos de su mando. Parte para Europa a operarse, y los áulicos llorosos le juran que le serán fieles, que se quedan esperándolo, y que al regresar encontrará ya preparado el continuismo que le permita presidir los festejos del Centenario.

Esta fue la ocupación durante 9 años, amenizada con macabros asesinatos y con el saqueo escándalos de la renta.

En esta tarea estéril se gastaron 9 años, y se llevó el país a dos dedos de la bancarrota.

La postrer algarabía de los cortesanos de Castro tiene dos rellenos tristísimos: su insondable falsedad y su espantosa bajeza. No había desaparecido del horizonte el barco que se llevaba al Restaurador, cuando todos los áulicos le volvieron la espalda dispuestos a arrodillarse ante el nuevo amo que surgiera. Los consejos municipales que se disponían a solicitar las reformas en favor de Castro, las pidieron en beneficio de Gómez; y el congreso, en provecho de Gómez, verificó las reformas que iba a sancionar en utilidad de Castro<sup>2</sup>.

En las edades por venir, cuando el viento de los años haya arrastrado estas miasmas de ignorancia que flotan en nuestra política, y la muerte, necesaria y fecunda como la vida, haciendo escoba de su guadaña implacable, haya barrido esta generación de palafreneros y ladrones que se ha adueñado de Venezuela; en los tiem-

2 Después de la revolución del 19 de diciembre, se discutió si estas reformas debía hacerlas ese congreso o una Constituyente. El doctor Rivas Vázquez, defendiendo contra la Constituyente proyectada, no tanto el Congreso, como sus dietas, sostuvo que ese año precisamente (el año en que Castro estaba ya caído) el Congreso pensaba ponerse a la altura de sus deberes, rechazando el continuismo iniciado por el Padre Arocha. ¡Qué lástima que la caída del Invicto no nos permitiera ver el edificante espectáculo de aquel congreso de prosternados que iba a ponerse de pie!

pos, futuros, cuando el historiador, dominando las náuseas, estudie y analice esta época bochornosa, se va a detener abismado ante la doble duda de que existieran cortesanos capaces de ofrecer esas alabanzas, y déspotas capaces de aceptarlas. En esos tiempos futuros, no sólo se va a dudar, como se duda ya, de las hazañas de nuestros días de gloria; también se dudará del rebajamiento de nuestros días de decadencia. El envilecimiento de los áulicos va a parecer tan asombroso como las proezas de los próceres: son dos heroísmos, el heroísmo del esfuerzo y el heroísmo del arrastramiento que van a desdibujarse en las fronteras de lo increíble.

Si de esas deslealtades y vilezas fuera responsable el pueblo venezolano, habría razón para renegar de una nacionalidad compuesta de eunucos y felones. Pero esas pandillas de aduladores y de traidores no constituyen la nación venezolana por más que vivan hablando en nombre de ella.

La secular división de castas, de la India, subsiste más o menos disfrazada, como si ella estuviera fundada en la misma naturaleza humana, en todas las nacionalidades modernas. Por donde quiera se ven hombres inteligentes que adoctrinan a las masas (brahaminos), hombres de poder (kchattryas), hombres de industria y de negocios (vaycyas), y los desheredados, obreros, trabajadores (parias o sudras). El clero desaparece o reaparece en esta clasificación, como clase encargada de dominar en las conciencias, según las peripecias que sufra la teoría de derecho divino. El único progreso hasta hoy ha consistido en que esas distintas capas sociales no subsisten como castas hereditarias; ninguno está adscrito a la clase que ha nacido; ha desaparecido esa vinculación del destino y de la vida al medio en que se meció la cuna; pero las castas, con esa modificación, subsisten; aristocracia, clase media, plebe; nobleza, burguesía, estado llano, no son en la decantada civilización actual sino pequeñas variaciones de las antiquísimas castas hindúes, con una novedad, debido a lo que se llama los triunfos modernos de la democracia; que a los sudras, es decir, al pueblo le han dicho que es soberano, y lo han investido de una suprema autoridad que el pueblo nunca puede ejercer directamente, sino por medio de representantes (Congresos y Parlamentos), que casi siempre

lo traicionan o lo roban. Es un soberano que está siempre bajo tutela. Cuando el pueblo, creyéndose realmente soberano, quiere ejercer directamente sus funciones en calles y plazas porque él, aunque soberano no tiene palacios, entonces su soberanía se llama revolución o motín, y los representantes del pueblo que están en el gobierno, barren al pueblo rey de la vía pública, con cargas de caballería y granizadas de metralla.

En la actividad de la vida colectiva, estas distintas clases tienen funciones determinadas, de las cuales resulta la vida nacional. Los gobiernos perciben los impuestos, y los reparten o se los reparten; los Parlamentos aprueban los repartos de los gobiernos: el ejército hace respetar esa aprobación; **los sudras trabajan**. Y en todas partes, estos últimos que para formar la riqueza pública hacen fructificar la tierra, y para defender la patria se hacen soldados, y para sostener el orden social pagan el impuesto, son entre todas las clases político-sociales, los que más constituyen la abstracción llamada pueblo: esas clases humildes forman esencialmente la nacionalidad: son ellas el humus fecundo y despreciado que nutre el árbol de la patria. Las otras clases viven devorando el árbol sagrado.

Pueden modificarse, y hasta suprimirse, las clases directoras de una nación, sin que la nación desaparezca. Por el contrario, si los sudras se acaban, los privilegios morirán como los zánganos de una colmena que no tiene ya abejas que elaboren la miel con la cual aquellos tranquilamente se hartan. Se comprende perfectamente que haya entre estas clases, cierto antagonismo nacido de la oposición de interés; se comprende perfectamente que las clases directoras traten de sumir a las clases dirigidas en la más crasa ignorancia de sus derechos, para que desconociéndolos, no se les ocurra defenderlos nunca; se comprende perfectamente que los curadores de ese gran entredicho que se llama pueblo, aspiren a que el entredicho no alcance nunca su mayoría intelectual, para que no les pida nunca rendimiento de cuentas; se comprende perfectamente que ciertas oligarquías defiendan como un privilegio que les pertenece a perpetuidad, su precaria función directriz. Todo esto se comprende. Pero lo que es inconcebible es que esas clases oligárquicas, no ya usurpadoras, sino simplemente estúpidas, se propon-

gan, olvidándose de su propia conveniencia, exprimir hasta la muerte a las clases íntimas de las cuales viven: lo que es inconcebible es que la oligarquía directora, el piloto de la nave nacional, con cierta estupidez suicida, lance la nave contra los escollos!

Este es el caso de Venezuela, La camarilla que con el nombre de Gran Partido Liberal, pesa sobre los destinos de Venezuela como una privilegiada casta hindú, no de selección, sino de regresión, y que ha cometido todos los atentados que registra nuestra historia republicana, ha agregado al crimen la estolidez, y arruina al pueblo sin percatarse que la ruina del pueblo traerá de rechazo su propia ruina, y que el desaparecimiento final de Venezuela hará de ellos otros tantos cojos Santanas, condenados a vagar sin reposo, como vendedores de su patria, por el haz del planeta.

Los sudras Venezolanos cumplen con todos los deberes que les corresponden en la actividad colectiva. Hacen el surco, ponen en él la semilla, recogen la cosecha, doman el potro, vigilan el hato, trabajan en el taller, se arredilan en los cuarteles, van a la guerra. Los sudras Venezolanos dan su sangre para defender el orden representado por el gobierno, o los ideales representados por la revolución. ¿Por qué los gobiernos carecen de orden, y las revoluciones triunfantes apostatan de sus ideales? Los sudras venezolanos deponen en las tesorerías todos los millones que exige la ley del presupuesto para la felicidad pública. La felicidad pública no existe: ¿qué se hacen esos millones? Hechos para la obediencia, aquellos sudras son sufridos; hechos para aguantar hambre, son sobrios; hechos para el sufrimiento, son resignados; hechos para el dolor, son tristes; hechos para el trabajo, son fuertes; hechos para reponer las vidas que se tragan las guerras y las epidemias, los sudras venezolanos aman locamente, con toda la imprevisión de los padrotes que desconocen las leyes de Malthus. Los sudras venezolanos tienen las mismas cualidades y cumplen los mismos deberes que los sudras de las naciones más civilizadas. ¿Por qué Venezuela no está a la misma altura de esas naciones? Porque las camarillas dirigentes de Venezuela, no se asemeja en nada a las clases dirigentes de aquellos países. Póngase al frente de los Estados Unidos o de Francia nuestra oligarquía amarilla, y en poco tiempo esas na-

ciones poderosas y prósperas, llegarán al estado de miseria en que se encuentra Venezuela.

No; del retroceso de Venezuela no tiene la culpa el pueblo, sino el núcleo dirigente que desde hace sesenta años, primero como un partido político, después como una camarilla oligárquica y hoy como un sindicato anónimo, ha gobernado discrecional y empíricamente, sin tener en cuenta el bien público sino su medro personal. De la bancarrota actual de Venezuela no son responsables los parias venezolanos, porque ellos cumplen con el deber de trabajar; y del vergonzoso concierto de adhesiones y felicitaciones que elevan por todas partes los periódicos tampoco son ellos responsables, porque ellos no saben escribir.

Es necesario determinar la responsabilidad que las distintas clases político-sociales tienen en la ruina y en la vergüenza de la patria. De ellas no es responsable el pueblo que las sufre, sino las camarillas que han sacado de la ruina nacional las inmensas fortunas de que hacen insolente ostentación.

Los responsables del desastre nacional sois vosotros, los que habéis conquistado el tremendo privilegio de representar la patria en todos los casos y de ejercer el patriotismo en todas sus formas; vosotros los incorruptibles periodistas, los historiadores y literatos por cuenta del tesoro público; vosotros los mentores de la sociedad, los mentores de la inteligencia; vosotros los estadistas insignes, los doctores sapientísimos, los arengadores en los congresos y en los festines, merced a una propina tan costosa como secreta; vosotros los austeros magistrados de porta monedas repletos y cuatro dedos de empella en la barriga, que os emborracháis, que os hartáis y que os divertís entre los clamores de los hambrientos que piden pan, de los presos que piden libertad y de los perseguidos que piden justicia: vosotros los inamovibles empleados que desde hace tantos años venís haciendo la felicidad de esta patria que se está muriendo en nuestras manos; vosotros todos los **jefes y centros** nacionales y parroquiales; vosotros los pastores vitalicios del rebaño nacional y los agentes fiscales, que os enriquecéis con las deudas que echáis sobre los hombros del país; vosotros los jueces y ju-

rados que absolvéis a los asesinos, para fomentar el cáncer mas disolvente del orden social: la impunidad del crimen; vosotros, únicamente vosotros, y no el pueblo, sois los responsables del envilecimiento de Venezuela!

Y es tiempo de daros un consejo: el mundo civilizado, y sobre todo los yanquis, piensan que para ser respetables, los gobiernos deben promover algo más que aclamaciones ridículas y felicitaciones embusteras: deben administrar y no robarse la renta, deben fomentar y no destruir la riqueza, deben ennoblecer y no embrutecer a los sudras. Sangrad esa víctima que vosotros amáis tanto, la patria, lo más suavemente posible porque los grandes dolores obligan muchas veces al paciente, aunque esté agónico, a sacudirse; tened en cuenta que el país está ya miserable, y la miseria es mala consejera; que se puede a veces, impunemente, arrastrar la indignación de un pueblo, pero no se puede nunca, impunemente, desafiar su desesperación; y si el pobre pueblo venezolano se sacude una vez más, aunque sea para morir definitivamente, vendría la imposibilidad de pagar la deuda a potencias que no nos juzgan ya respetables; esta insolvencia traería el protectorado como escena final de vuestra farsa. Con ello no perderían nada los parias venezolanos; el pobre rebaño balador e ignorante, libre o anexado, está condenado siempre a trabajar para vivir; él recibirá de la gota del anglo-americano el puntapié que hoy le dais vosotros con vuestras cotizas, y puntapié por puntapié, aquél es menos humillante que el vuestro; los que perdáis seríais vosotros, oh! Doctores sapientísimos, oh! historiadores laboriosos, oh! Elegantes danzarines de las cuadrillas palatinas, oh! Parásitos eternos de la Hacienda Nacional; los que perdéis seríais vosotros, porque bajo el látigo del mandarin anglo-sajón, tendríais que someteros a la dura ley de trabajar para vivir, y os veréis obligados a trasladar a las manos, los cayos que hoy lleváis en las rodillas.

Málaga, Abril de 1911